

Castilla.
que recibida y conservada el título de
patria y a todos los pueblos americanos
México que se cuenta entre sus grandes
partes y en todas las partes americanas
Al glorioso y digno señor don José de
Castilla.
nación y el entusiasmo.
fines del cargo y se vino a dar de la
mente que se tributa hoy como el
de la vida y el bienestar de la
de la vida y el bienestar de la
de la vida y el bienestar de la

Orizaba, abril 4 de 1871.

DON JOSE DE JESUS DIAZ.

DON JOSE DE JESUS DIAZ



Hoy que se hace tan poco caso de la bella literatura en México, apenas se concebirá que el nombre de un poeta preste asunto para un artículo de periódico. Si se tratara de un estadista, de un guerrero, ó simplemente de un boticario ó de un incrédulo de aldea, sería distinto; pero ¡un poeta! ¿Quién no escribe hoy versos? ¿Quién no ha visto cien y cien veces su nombre ostentarse en las columnas de un periódico al pie de unos cuantos renglones desiguales? ¿Quién no da los días en verso á sus conocidos? ¿Quién no ha leído en público dos ó tres docenas de composiciones poéticas en los exámenes de los colegios, ó en los aniversarios de la independencia? ¿Quién no ha publicado uno ó dos tomos de rimas? ¿Quién no cree asegurado su nombre para

la posteridad? ¡Oh colmo del engrimiento y la ceguera! Queremos que la posteridad tribute un culto á nuestra memoria, y la generación presente ignora quiénes fueron ni dónde vivieron el fraile Navarrete y Sor Juana Inés de la Cruz. Queremos alcanzar: siendo pigmeos, lo que no alcanzaron aquellos gigantes cuyo nombre es respetado en Europa y desconocido en su propia patria. —A la invasión progresiva del materialismo en las sociedades modernas, hay que añadir, respecto de nuestra República y contrayéndonos á tal indiferencia, los efectos de nuestras multiplicadas y continuas discordias, que han apagado el entusiasmo por todo aquello que es grande y hermoso. Dijérase que las bellas artes son flores que no consiguen abrirse bajo la pesada atmósfera que nos circunda. El Lope de Vega del siglo actual, el cantor de Granada, José Zorrilla, viene á México creyendo hallar nuevas é inagotables inspiraciones, y, en vez de cantar, como lo había hecho siempre, permanece callado, á semejanza de los pájaros en tiempo de muda. Es inconcuso que la época actual en nuestro país no se muestra propicia á la poesía, y que los últimos fuegos del antiguo entusiasmo han muerto bajo el aluvión de malos versos que nos ha inundado de algún tiempo á esta parte.

No sucedía tal cosa en la época brillante que siguió á la independencia de México.

Entonces había esperanzas y entusiasmo en todos los pechos: entonces había menos observancia de las reglas prosódicas, y más belleza y abundancia de sentimientos é ideas: entonces había menos versos é indudablemente más poesía: entonces el poeta no era un furibundo rimador capaz de asolear á sus lectores: en el ejercicio de su noble ministerio se asemejaba al Lockman que nos pinta Carlos Nodier en una de sus fábulas orientales, y, por lo mismo, tal ministerio era visto con respeto y estimación: pocos se aventuraban á pisar la arena de la publicidad, y la mala verba dejaba espacio suficiente á las verdaderas flores de la imaginación y del sentimiento. Los únicos poetas populares que contamos, se hicieron conocer en aquella época, y si hubieran aparecido más tarde, vivirían desconocidos entre nosotros. Federico Bello que apenas tendrá hoy rival en la misma España en el género lírico, ha permanecido aquí más de dos años enriqueciendo la literatura nacional, y muy pocas personas saben en México quién es Federico Bello. El mismo Homero fracasaría en una sociedad así, que se muere moralmente de inanición, y que, para sacudir su indiferencia, necesita sentir la pluma ó las pinzas de Juvenal ó de Quedo.

En la época á que nos referíamos comenzó á publicar sus versos el Sr. D. José de

Jesús Díaz en el Estado de Veracruz. Nuestro escritor no se limitó á saber rimar, como lo hacen hoy muchos. Supo adquirir una instrucción vasta en muchas y diversas materias, cuyo conocimiento, unido á sus finos modales y constante honradez, le elevó á los puestos públicos, adonde no se llegaba entonces con la facilidad que posteriormente. Fué diputado á varias legislaturas de Veracruz y secretario del gobierno de aquel Estado durante muchos años, llevando á veces en realidad todo el peso del mando. Dotado de una sensibilidad acaso estremada, las desdichas privadas y publicas afectaron su ánimo con exceso, y la exaltación de una de esas pandillas políticas tan temibles en la provincia, desconociendo las altas prendas de su carácter, le convirtió en blanco de sus encarnizadas persecuciones y le obligó á abandonar el Estado de Veracruz y á radicarse en Puebla, donde falleció en 1845, y bajo cuyo cielo duermen sus restos.

Quien estas líneas traza no pretende ni podría tal vez formular un juicio imparcial de las obras poéticas de D. José J. Díaz: trata únicamente de dar á conocer algunas de sus bellezas. Cuantos le trataron, apreciaron más en Díaz al hombre privado que al poeta, y eso que como tal adquirió mucha boga y sus composiciones eran recitadas de memoria en el seno de las fami-

lias. Díaz estaba exento del amor propio que empaña tan frecuentemente los más brillantes adornos del entendimiento y hace ver con afectado desprecio las obras ajenas. Jamás negó sus consejos ni sus aplausos á los jóvenes que, en los últimos años de su vida, comenzábamos á ensayarnos en la bella literatura, y á quienes él trataba en vano de apartar de la sangre, los espectros, los puñales, los venenos, las maldiciones y los puntos suspensivos del romanticismo, en auge á la sazón. Educado el gusto de Díaz con la lectura de Quintana, Meléndez y Moratin, nótanse algunos rasgos del primero en sus composiciones patrióticas y morales, la flozania y el sentimiento del segundo en sus poesías bucólicas y amatorias, y la severidad de principios del último en todos sus versos. La rica y exuberante vegetación de Jalapa halló en Díaz un pintor entusiasta que debe haber ejecutado sus cuadros con algo del cariño artístico con que están escritos los trozos más bellos de las "Geórgicas" de Virgilio. Cuanto se hallaba al alcance de su vista era cantado en sus versos: el mar que azota las playas de Veracruz; el Orizaba que disputa su imperio al Popocatepetl elevándose entre las villas para dejarse ver como una estrella del marino que se viene acercando á nuestras costas; el cofre de Perote coronado de pinos que han nacido sobre las lavas de una

erupción volcánica tan antigua que no había ya memoria de ella en tiempo de la conquista, y cuya corriente oriental llega hasta el Atlántico; las colinas risueñas que rodean a Jalapa, las flores que se abren bajo su cielo y las mujeres que anidan en sus jardines, todo fue poéticamente descrito por la pluma de Díaz, y no en largas tiradas de versos, sino en composiciones cortas en que campean el sentimiento y el buen gusto, si bien mezclados á veces con notables faltas prosódicas y algún desaliño en el lenguaje. Tiempo es ya de ofrecer algunas muestras de su versificación. Veamos cómo manejaba el romance actosilabo.

“Embalsamando el ambiente
 Con su aliento perfumado
 La risueña primavera
 Embellece nuestros campos.
 De las auras deliciosas
 Al fecundo soplo blando,
 Las yertas plantas recobran
 Su antiguo verdor lozano.
 Huye el inclemente cierzo
 Al obscuro Norte helado,
 Y los carambanos dejan
 Libre al arroyuelo el paso.
 Bullendo claras sus ondas
 Y entre las guijas saltando,
 Vierte su riego propicio
 Al mustio sediento prado.

¡Cómo se viste pomposo!
 ¡Cómo se esmaltan los cuadros
 Donde sus tintas y aromas
 Va la estación prodigando!—
 Así tras la guerra odiosa
 Ofrece en dulce reinado
 Al hombre la paz benigna
 Sus ricos dones preciados.”

Dice á la estrella de la tarde:

“Acercas tú á los amantes,
 Reunes la esposa al esposo
 En sus trabajos distantes,
 Das la señal de reposo
 A los sabios é ignorantes.
 La ciudad ruidosa acallas
 Cuando visitas la tierra,
 Y donde dichosa te has
 Detienes la cruda guerra
 Suspendiendo las batallas.”

Dice á la luna:

“Qué dulce es tu callada compañía,
 Sacra antorcha del cielo misteriosa!
 Bella descendes á calmar piadosa
 Penas de amor que guardo por el día.”

Dice á una joven filarmónica:

“Cuando el harpa dichosa
 Colocas en tus brazos

¡Cómo tu frente hermosa
Se corona de luz! Todo enmudece
Mientras que majestosa te levantas:
Brillando tu beldad, tu imperio crece:
Postras las almas y el oído encantas.”

Insertaremos aquí las preciosas cuartetas de dos composiciones escritas en la muerte de la joven Paz Valle.

“Linda como el amor! La parca fiera
No perdonó tu juventud lozana:
Yaces marchita como flor temprana
Que el cierzo destructor violento hirlera.
Breve fuiste, veloz en tu carrera,
Como pasa la aurora en la mañana;
Al brillar tu hermosura soberana
Despidió el rayo de su luz postrera.

¡La formaste, gran Dios! Tu Omnipotencia
Dotó de gracias su beldad amable;
Pero término corto, irrevocable,
Le señaló también tu Providencia.
Ella goza, Señor, de tu presencia,
Circundada de gloria perdurable:
Su angélica hermosura incomparable
Brilla con nuevo sér, nueva existencia.”

Este último pensamiento no sería desdenado de Lamartine, y sin la repetición de los adjetivos en los versos segundos y terceros de las dos últimas cuartetas, serían

éstas irreprochables. Hemos dicho que la vena poética de D. José J. Díaz era rica en sentimiento, y los lectores se habrán convencido de ello. Veamos ahora una muestra en el género moral. El joven, después de haber cantado la belleza de su amada y las tiernas inquietudes de su pasión, se halla próximo á ver coronados sus votos, conduciendo á su novia al altar. “La vispera de un esposo” es, sin disputa, no solamente una de las mejores composiciones de Díaz, sino también una de las mejores piezas escritas en nuestro país en el género lírico.

“Aun antes que otra vez el sol alumbre
En alas de mi amor y mi deseo,
De la sagrada antorcha de himeneo
En el altar encenderé la lumbré.”

“Al pronunciar el santo juramento
Firme será mi voz, será amorosa,
Porque, dándole el título de esposa,
Yo el de su amante guardaré contento.”

Pero la alegría nunca desciende á visitar el corazón del hombre sin mezcla de una vaga tristeza, porque no es dado disfrutar en la tierra de completa felicidad. El joven que espera la aparición de la estrella de la mañana en el Oriente para llamar á la puerta de su prometida y llevarla al altar, siéntese acometido de dudas y sobresaltos res-

pecto de lo futuro, no se calma sino oyendo los rectos consejos de su misma razón.

"De mi dicha tocando los umbrales
Extaxiarme debiera de alegría;
Me inclina una feliz melancolía
Nacida no de penas ni de males.

Pero solemne trance de la vida
Es aqueste, sin duda, en que me veo:
Escuchar una voz oculta creo
Que á serias reflexiones me convida.

Sus palabras gravadas en mi mente
Aun con fuerza resuenan en mi oído:
Repasándolas vivo distraído.
Enmedio del bullicio de la gente.

"Vas á gozar—me dice—los favores
Que más estima logran en el suelo:
Al término llegando de tu anhelo
El fruto alcanzarás de tus amores.

"De una virgen el premio suspirado
Te darán hechiceras las caricias,
Y gozarás dichoso las delicias
Del tierno amor por la virtud premiado.

"Pero piensa también las nuevas leyes
Que á tu distinta condición impones.
¿Gobiernan sin vigilia las naciones
Desde su trono fastuosos reyes?

"El avaro que eleva montes de oro
Y en acrecerlos sin cesar porffa,
Si el brillo le desvela por el día
¿No le priva del sueño su tesoro?

"Suele el viajero abandonar sus lares
Por los climas felices de Occidente;

Pero también el aquilón rugiente
Hundirlo suole en los revueltos mares.

"Cinco lustros no más de tu existencia
No prestan madurez á tus intentos:

Si es la edad de los nobles pensamientos,
No es suficiente edad á la experiencia.

"¿Y cómo renunciar al suspirado,
Al dulce bien del alma tan querido?

Invoca á la virtud; de ella asistido
Serás amante, esposo afortunado."

Si, á la virtud me acogeré ardoroso,
Aliviarían sus brazos mi fatiga:

Encamina mis pasos, voz amiga;
No me abandones, angel amoroso."

Sentimientos tan nobles, espresados con la maestría y la originalidad que acabamos de ver, no podían ser fingidos. Pocos hombres han amado á la compañera de su suerte como Diaz, ni conservado inalterable hasta el fin su carácter dulce, moderado y religioso. En los cuidados que impartía en la educación de sus hijos halló siempre un refugio contra los desengaños y azares de la vida pública, y no creemos fuera de sazón manifestar aquí que los hijos, huérfanos desde muy tierna edad, han heredado el talento y las felices disposiciones de su padre: el mayor ha terminado con brillo su carrera en el colegio de Minería, de que es catedrático, y acaba de salir de esta capital comisionado por el gobierno para levantar

el plano del Valle de México: uno de sus hermanos estudió la medicina y ha publicado ya diversas poesías que revelan ingenio y excelente aptitud para el arte.

Hemos dicho antes que las poesías descriptivas de Díaz son cortas, y en nuestro concepto, con serlo llenan una de las condiciones más precisas en este género cuando lo escrito se refiere únicamente á escenas que, haciendo uso de la fraseología de la pintura, pudiéramos llamar de naturaleza muerta. Por mucha habilidad que se tenga para salpicar tales composiciones de pensamientos morales, cansan si son demasiado extensas, y la razón es obvia: consistiendo la mitad de su interés en la descripción de los objetos que nos rodean, como el cielo, las montañas, los ríos, las flores, etc., y hallándose al alcance de todos los lectores el original, la copia ha de parecerles descolorida, aun cuando el copista se llame Virgilio ó Saint-Pierre. Vale más, por lo mismo, no entrar en detalles ni por menores que conducen á la monotonía y al sueño, sino dar únicamente al lector la clave de las ideas y hacer que su imaginación, encaminándose desde luego al original, dé los últimos toques al cuadro.

Pero Díaz era hombre de verdadero talento, y no malgastó la riqueza de su vena poética en inútiles descripciones, ni en enfadosas disertaciones, ni ocupando eternamente al público de su propia persona, co-

mo lo hacen más de cuatro desde que el llamado romanticismo introdujo esta especie de monomanía en los literatos. Díaz comprendió que el estudio del hombre y la pintura de sus pasiones constituyen dos de los más nobles objetos del poeta y, por consecuencia, prefirió á los cuadros de naturaleza muerta, los de naturaleza animada ó viva. En la mayor parte de sus poesías hay acción dramática: los grandes hechos de nuestra guerra de independencia, las tradiciones populares, los diversos caracteres, resultado de la diversidad de climas y costumbres en nuestro país, sirvieron á nuestro escritor para dar vida é interés á sus composiciones. La toma de Oaxaca y el fusilamiento de Morelos son dos romances octosílabos que en nada desmerecen comparados con los mejores del duque de Rivas: dichos romances, que salieron á luz en el "Museo Mexicano," constituyen la magnífica epopeya del inmortal defensor de Cuautla. "La Cruz de madera," "El y Ella," el "Puente del Diablo" y "Fiestas de pueblo" son leyendas ó tradiciones populares perfectamente versificadas casi siempre, y algunas de las cuales permanecen inéditas.

La mayor parte de las poesías amorosas y descriptivas de D. José J. Díaz, se publicó en los periódicos del Estado de Veracruz, anteriormente á 1842. Después, en los periódicos literarios de esta capital "Museo Mexicano" y "Revista Literaria," apa-

recieron "La Cruz de madera," "La Orden" (romance relativo á la toma de Oaxaca por los insurgentes) y "El General Morelos." Hemos dicho que algunas obras se conservan inéditas. Desde 1846, los numerosos y entusiastas amigos del autor en el Estado de Veracruz, quisieron hacer una edición de todas sus poesías: el prólogo estaba ya escrito por Manuel Díaz Mirón y se extravió en la Secretaría del Gobierno cuando entraron los norte-americanos en Jalapa, á consecuencia de la batalla de Cerro Gordo. Posteriormente se presentaron diversos obstáculos: hace dos años se trató seriamente de llevar á cabo la publicación, y otro de los amigos de Díaz escribió un nuevo prólogo. En estas triunfó la revolución de Ayutla, y uno de los periódicos políticos que aparecieron en Jalapa sosteniendo las nuevas ideas, comenzó á publicar en su folletín los versos de Díaz; pero el nombre del autor del prólogo debió tener un sabor poco democrático para aquellos días de exaltación, y el prólogo se dió por extraviado, sin que, por otra parte, hubiese terminado la publicación del tomo lírico de Díaz, pues el periódico murió á los pocos meses de vida. Cuando se llegue á realizar el deseo de los amigos del poeta, se habrá añadido un nuevo y hermoso laurel á la corona literaria de nuestra República.

Septiembre de 1856.

FEDERICO BELLO Y SUS ESCRITOS.
